

## LA NECESIDAD DE SENTIDO COMÚN

Para entender los síntomas descritos por los especialistas basta observar nuestro comportamiento con la comida. En algún momento, la mayoría de nosotros termina experimentando una versión atenuada de los diversos síntomas que caracterizan los dos principales trastornos alimentarios. Cuando las cosas no van bien tendemos a refugiarnos en una u otra forma de exceso que se convierte en una cuasi-adicción. Dado que la comida es la menos peligrosa de las drogas, la mayoría de nosotros se refugia en una leve forma de bulimia. Cuando la situación mejora, restablecemos nuestros propósitos de Año Nuevo y empezamos una rigurosa dieta. Al recuperar el control experimentamos una exaltación psicológica que no dista demasiado de la euforia que caracteriza a la auténtica anoréxica.

No cabe duda de que la distancia entre estas oscilaciones “normales” por una parte, y la bulimia y la anorexia por la otra, es grande: sin embargo, el camino que lleva de unas a otras es continuo. Todos nosotros tenemos el mismo objetivo, perder peso, y para algunos de nosotros esta meta es tan importante que los medios para alcanzarla terminan por no importar. *El fin justifica los medios*. El patrón anoréxico de comportamiento no tiene sentido en el contexto de nuestros valores declarados sino de lo que enseñamos silenciosamente a nuestros hijos cuando dejamos a un lado nuestros discursos sobre los valores.

Tanto la anoréxica como la bulímica se consagran a conseguir reducir su consumo de calorías a un nivel que alcance o exceda el grado de delgadez considerado generalmente deseable en un momento dado. La verdadera anoréxica es capaz de alcanzar esta meta directamente: le basta abstenerse de comer. La bulímica alcanza la meta indirectamente comiendo tanto como le apetece y vomitando luego la mayor parte de lo que ingiere. En la competición por la delgadez absoluta, la verdadera anoréxica es una síntesis de Julio César, Alejandro el Grande y Napoleón. En unos pocos casos lo hace tan bien que se mata de hambre literalmente.

Al contrario de lo que sugiere engañosamente la etimología de la palabra, la anoréxica tiene apetito. Sigue deseando comer tanto o incluso más que cualquiera de nosotros, porque está mucho más hambrienta que nosotros. Algunas enfermas de anorexia temen que si picaran un simple bocado no podrían parar de comer jamás: es decir, que se convertirían en bulímicas. Y en efecto eso es lo que ocurre en ocasiones, por eso nunca se relajan. Con un esfuerzo sobrehumano, triunfan sobre su instinto normal hasta el punto de que el espíritu de la delgadez antinatural las posee tan absolutamente que la noción de la posesión diabólica resulta más adecuada en su caso que el vocabulario de la psiquiatría moderna. La comida que antes ansiaban se convierte en algo realmente repugnante. Cada vez que el médico o un pariente bien intencionados se las ingenian para hacerles tragar algún alimento sienten náuseas. Saben que, en apenas un instante, pueden perder eso que tanto les ha costado conseguir y su relación de amor/odio con la comida es comprensible. La tremenda energía que ponen en

cualquiera de las cosas que hacen persigue un doble propósito: les permite alejar de su mente el deseo de comer y les ayuda a seguir perdiendo peso.

Entre las mujeres jóvenes la anorexia afecta a las mejores y más brillantes. La típica víctima es una joven formada, talentosa, ambiciosa, entusiasta de la perfección. Se trata del tipo de la gran triunfadora, consciente de jugar de acuerdo con las reglas que sugieren las voces más influyentes de nuestra cultura, incluidas las de la profesión médica. Algunos investigadores de la facultad de medicina de Harvard han “descubierto” recientemente que el peso que antes se consideraba ideal para una mujer excede el de la actualidad en un 25% y que un descenso del mismo daría a las mujeres “una oportunidad de supervivencia mucho mayor”.

La anoréxica es ciudadana demasiado leal de nuestro desquiciado mundo para sospechar que, cuando presta oídos al unánime espíritu de la pérdida de peso, está siendo empujada a la auto-destrucción. Nadie puede convencerla de que está seriamente enferma. Interpreta todos los intentos de ayudarla como conspiraciones movidas por la envidia de personas a las que les gustaría engañarla para arrebatarle su esforzada victoria, puesto que son incapaces de alcanzarla por ellos mismos. Se siente orgullosa de haber alcanzado lo que tal vez sea el único y exclusivo ideal común de nuestra sociedad, la delgadez.

A muchas mujeres les gustaría ser anoréxicas pero afortunadamente muy pocas lo consiguen. Aun cuando la auténtica anorexia aumenta mucho más que el resto de trastornos alimentarios sigue siendo poco común en números absolutos. El éxito es tan difícil de alcanzar que los fracasos son incontables. Las bulímicas son aspirantes a anoréxicas que, persuadidas de no conseguirlo jamás, se pasan al extremo contrario. Y así, por medios artificiales, consiguen eliminar los efectos de sus reiterados fracasos. Ello explica por qué en el caso de las bulímicas que se provocan el vómito el pronóstico es mejor que en el de las auténticas anoréxicas.

La bulímica que se provoca el vómito sigue siendo en alguna medida una ganadora. De hecho, a diferencia de la auténtica anoréxica, puede limitarse a ser tan delgada como requiere la moda. En los primeros estadios de la enfermedad, cuando las consecuencias físicas de sus prácticas alimentarias aún no se han puesto de manifiesto, puede sentirse tan satisfecha consigo misma como su hermana anoréxica. Puede comerse un pastel pues no lo retiene en su estómago el tiempo suficiente para asimilar las odiosas calorías. A la larga su salud se deteriora y paga caros sus atracones, pero no en relación con lo que más le preocupa: nunca se convierte en una obesa.

## EL EJERCICIO

Dada la confusa relación de nuestra cultura con la alimentación, lo sorprendente no es el incremento de los trastornos alimentarios sino más bien que haya tanta gente que coma de un modo más o menos normal. Al contrario de lo que nos cuentan los

nihilistas y los relativistas, existe una naturaleza humana y su capacidad de adaptación es tal que a menudo consigue adecuarse a los delirios culturales más extravagantes.

Para afrontar el imperativo de la delgadez sin complicarse en prácticas que ponen en peligro la salud o minan el respeto hacia uno mismo, mucha gente dispone de un arma secreta: *el ejercicio*. Dedicán la mayor parte del tiempo a andar, a correr, a ir en bicicleta, a nadar, a saltar, a escalar montañas y a practicar otras actividades terriblemente aburridas y agotadoras con el único propósito de eliminar las calorías indeseadas.

El aspecto más irritante del ejercicio es su justificación políticamente correcta en términos de vida en el exterior, contacto con la naturaleza y la tierra madre, Thoreau, Rousseau, la ecología, la vida sana, la situación de las víctimas y otras coartadas habituales. La única motivación real es el deseo de perder peso.

Hace unos meses, *The Stanford Daily* publicó la declaración de un psiquiatra residente, creo, según el cual un buen número de mujeres estudiantes hacían un uso compulsivo y excesivo de las instalaciones deportivas. Supongo que en un futuro próximo esta persona obtendrá el reconocimiento oficial por el descubrimiento de un síndrome completamente nuevo, la *gimnástica nerviosa* tal vez, o la *jogging bulimia*...

¿Acaso no haría falta también una etiqueta especial para esos profesores adiposos que se arrastran por las colinas de Stanford cargando un peso considerable en cada mano? Es evidente que creen que cuanto más atroz sea su calvario más provechoso será para su rejuvenecimiento personal. La transpiración deslizándose por sus rostros, cegando sus ojos implorantes, evoca las torturas más exóticas del *Inferno* de Dante. Considerando que disfrutan de puestos vitalicios podrían permitirse vivir de un modo confortable y seguro. El espectáculo que ofrecen hace que uno se pregunte si la descripción que el poeta hace del infierno es a fin de cuentas tan extravagante como pretenden los humanistas. Al recrear voluntariamente en su tiempo libre los peores aspectos del infierno, sin que exista ninguna obligación externa, ellos mismos demuestran involuntariamente el realismo que cuestionan imprudentemente.

¿Qué hago yo mismo en estas colinas de Stanford? ¿Es eso lo que se preguntan? No tiene la menor importancia para el asunto que nos ocupa y no merece respuesta. No obstante me gustaría señalar que nadie me ha visto nunca cargando nada para conseguir ser más fuerte de lo que soy.

La nuestra es una época en la que los actos más sanos y los más insanos pueden tener las mismas motivaciones. La verdadera razón por la que hoy en día muchos jóvenes, especialmente mujeres, se incorporan al tabaquismo o no dejan de fumar, a pesar de la insistencia de los gobiernos, es el temor a aumentar de peso, un temor que los mismos gobiernos, curiosamente, se esfuerzan en fomentar e intensificar.

## LA NATURALEZA MIMÉTICA DE LOS TRASTORNOS ALIMENTARIOS MODERNOS

¿Cuál es la causa de estos trastornos? Como ya he observado, no podemos seguir culpando a nuestros chivos expiatorios institucionales preferidos, que han sido apaleados hasta la muerte por los principales intelectuales de los últimos dos siglos. Todas estas bestias de carga se han venido abajo hace mucho tiempo, exactamente igual que el famoso caballo de Nietzsche en Turín. Sin duda, podemos continuar maltratando a caballos muertos durante unas cuantas décadas más, especialmente en los seminarios universitarios, pero incluso allí tendrá que acabarse algún día. Nadie puede creer realmente que las familias, el sistema de clases, el género masculino en general, la Iglesia Católica o incluso una administración universitaria represiva, sean las responsables de lo que está ocurriendo.

Tarde o temprano terminaremos identificando al fiero y vivo obstáculo que las teorías modernas y posmodernas nunca anticipan, el huésped que llega sin ser invitado y sin que nadie lo espere: el rival mimético. Mientras se las respeta, las odiadas prohibiciones mantienen apartado de nuestra vista a este *commendatore* viviente: hacen más difícil, si no imposible, la rivalidad mimética.

Tanto la modernidad como la posmodernidad resultan inútiles confrontadas con la intensificación de la rivalidad mimética que acompaña necesariamente a la disolución de todas las prohibiciones. Igual que algunos insectos que siguen construyendo sus nidos cuando ya no hay huevos, nuestros profesores modernos y posmodernos siguen culpando a las difuntas prohibiciones hasta el día del Juicio Final, pero algún día sus estudiantes acabarán cuestionando este dogma.

Hace unos años, una fórmula popular de nuestro individualismo contemporáneo era: *looking out for number one* [en busca del número uno]. Si uno está satisfecho de sí mismo ya no necesita prestar atención a nada, ya no tiene que estar siempre pendiente de lo que ocurre a su alrededor. Pero cuando miramos a nuestro alrededor la mayoría de nosotros descubre que, lejos de ser el número uno, se confunde en la multitud. En cualquiera de los aspectos que consideramos importantes siempre hay alguien que nos parece superior: en aspecto físico, en inteligencia, en salud y— lo que resulta más horrible en la actualidad— en delgadez. Ni siquiera un cambio radical de los deconstruccionistas por los místicos orientales nos dará la paz que anhelamos. Los occidentales se sienten impelidos a actuar en cualquier caso, de modo que cuando ya no pueden imitar a los héroes y a los santos se ven arrastrados al círculo infernal de la futilidad mimética. Incluso en este nivel —especialmente en este nivel— el estatus del número uno sólo puede alcanzarse mediante una esforzada y feroz competición.

Quienes sufren trastornos alimentarios no son las personas especialmente religiosas, tradicionalistas o fundamentalistas, sino las más “liberadas”. Recuerdo uno de los capítulos de *Seinfeld* en la cadena televisiva NBC que captaba de un modo brillante la “normalidad” de la *bulimia nerviosa* en nuestro mundo. Al final de una

comida en un restaurante de Nueva York una joven iba al baño a vomitar el abundante plato de espaguetis que acababa de comerse. Le anunciaba la cosa a su colega, otra mujer, con el mismo tono tranquilo y natural con el que antaño podía haber dicho: «Voy a pintarme los labios».

Esta joven se comporta como aquellos romanos decadentes cuyos relatos me horrorizaban en mi juventud, aunque ella no necesita esclavos que le metan los dedos en la garganta. Una mujer americana cabal e independiente puede ocuparse ella sola de todo. Ésta en particular cumple a la vez el papel del señor y del esclavo de un modo tan eficaz y tan natural que todo parecía perfectamente normal y legítimo. Ha pagado los espaguetis con su propio dinero y puede hacer lo que le venga en gana. Da la impresión de que todo en su vida, desde su carrera profesional hasta sus aventuras amorosas, debe resolverse con la misma eficacia. Al ver esta serie volví a maravillarme ante la superioridad de la expresión dramática, capaz de sugerir con un solo destello lo que volúmenes enteros de grandilocuente “investigación” nunca conseguirían comprender siquiera de un modo aproximado.

En comparación con la joven de la NBC, los romanos decadentes eran apenas unos inocentes sensualistas. También ellos comían y vomitaban después, pero lo hacían sólo para ellos, no para los demás. Estaban realmente empeñados en ser el número uno. Es cierto que nuestra bulímica moderna come para sí misma pero vomita para los demás, para todas esas mujeres que vigilan la línea de las otras. Su radical libertad es sinónimo de la esclavitud de la opinión de los demás.

El deseo mimético tiene como meta la absoluta delgadez del deslumbrante ser que alguna otra persona es siempre a nuestros ojos, pero que nunca conseguimos llegar a ser nosotros mismos, por lo menos a nuestros propios ojos. Entender el deseo es entender que su egocentrismo es indiscernible de su altercentrismo.

Los estoicos nos dicen que debemos refugiarnos en nosotros mismos, pero nuestro yo bulímico es inhabitable y eso es precisamente lo que San Agustín y Pascal descubrieron antaño. Siempre que no tengamos una meta merecedora de nuestro vacío copiaremos el vacío de los otros y con ello regeneraremos constantemente el infierno del que intentamos huir.

Considerando lo puritanos y tiránicos que fueron nuestros ancestros, sus principios religiosos y éticos podían ser desdeñados impunemente: así ha ocurrido de hecho y los resultados están a la vista. Sólo dependemos de nosotros mismos. Los dioses que nos dimos los creamos nosotros en el sentido de que dependían enteramente de nuestro deseo mimético. De modo que terminamos reinventando a los dioses aún más feroces que el Dios del cristianismo más jansenista. En cuanto violamos el imperativo de la delgadez sufrimos las torturas del infierno y nos sometemos a una obligación de ayuno redoblada. Nuestros pecados están grabados en nuestra carne y debemos expiar hasta la última caloría mediante una privación más severa que la que cualquier religión haya impuesto jamás a sus adeptos.